

**Hermes Tovar Pinzón**

*Profesor,  
Departamento de Historia,  
Universidad Nacional de Colombia.*

**Reinaldo Barbosa,  
Guadalupe y sus centauros:  
Memorias de la Insurrección Llanera,  
CEREC - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones  
Internacionales, Bogotá, 1992, 285 pp. y Mapas.**

En verdad que la historia es una construcción colectiva no solo porque ella corresponde al esfuerzo integrado de intelectuales y científicos sino porque la historia nacional es esencialmente el devenir de los de arriba y de los de abajo, los que mandan desde el norte y los que claman desde el sur. La historia es además la fuerza de grupos y colectividades que viviendo al margen de los grandes acontecimientos muelen otros tiempos, otras vacuidades, otros días y otras celebraciones. Allí donde no hay rotativos ni hay héroes plastificados, ni In Memoriam que solo leen los que celebran el recuerdo de sus propios patriotas petrificados en estos lugares existe una contra-historia, un contra-relato, un contra-sentir que los de aquí miran siempre como *lobo*, primitivo e intrascendente. Tal vez porque la historia de estas localidades en nada se parece a la palabras de los que pretenden determinar el sentido de la vida y de la historia.

La historia también es memoria colectiva que se redistribuye entre los individuos que construyen su propia versión conforme a la compleja capacidad de los seres humanos de percibir los fenómenos vividos. En este sentido, la guerra desatada en los Llanos Orientales, hoy estamos en condiciones de manifestar que fue una acción punitiva del Estado contra gentes indefensas, y la respuesta a la misma, una responsabilidad de los partidos políticos, los gamonales de turno y los campesinos perseguidos. Con ella empezó la descomposición social y moral de nuestro país y que

hoy, cierta memoria, revestida de amnesia individual, quiere atribuir solo a unos, en un gesto que Poncio Hiatos envidiaría y alabaría.

El libro de Reinaldo Barbosa "*Guadalupe y sus centauros: Memorias de la Insurrección Llanera*", contribuye a refrescar la memoria sobre la pureza de esa lucha contra los alzados en armas y, de paso, a rescatar la importancia de la labor académica en el conocimiento de unos procesos que hoy día nos fatigan y parecen hacer incomprensibles los caminos futuros de nuestro país. Este libro de Historia Social colombiana que recoge unas guerras campesinas hace evidente el consejo de Pierre Vilar de que la historia nos debe enseñar a leer los periódicos que cada mañana se meten en nuestros hogares pretendiendo condicionar nuestra vida y nuestra conducta social e intelectual.

A más del recuento fresco de cómo fueron incendiados los Llanos entre 1948 y 1953, por la policía y el ejército del régimen y por los civiles incondicionales del mismo, este libro obliga a otras reflexiones que me parecen vinculan aquella guerra pasada a nuestro proyecto de paz presente. En primer lugar aprendemos de los años cincuenta que insurrección y represión parecen entrelazarse. La historia social de nuestra América Latina en el siglo XX nos demuestra que solo el respaldo popular es lo que evita que las estrategias de cerco, aniquilamiento y control absoluto de un territorio fracasen estruendosamente. Sin respaldo popular no es viable ninguna confrontación exitosa. El zapatismo del Estado de Morelos nos ha enseñado hasta la saciedad que los esfuerzos de cuanto general fantoche propuso guerras frontales, desarraigos e incendios de pueblos y sembreras solo condujeron a una intensificación de la guerra liderada por Emiliano Zapata. Los Cristeros cuyo móvil era la defensa de la religión, tampoco pudieron ser aplastados mediante estos métodos que en enero y febrero de 1929 llevó al ejército a devastar en los altos de Jalisco un polígono evacuado de 75 mil familias cristeras, un movimiento que simbolizaba para el Estado mexicano la contra-revolución. Los Llanos Orientales de Colombia parecen constatar este principio de ampliación de la insurrección frente a la intensificación de la reacción militar del Estado, entre 1951-3. la guerra total llevo bombas sobre Pajarito y auna retaliación sobre Puerto López convertido en una especie de campo de concentración: "Una larga travesía de humeantes vecindarios iba quedando al paso de la avanzada antiguerrillera".<sup>1</sup>

El respaldo popular no brota de la mera represión militar.

Es necesario un elemento central de movilización rural y social en general para que estos escenarios conflictivos surjan como núcleos de grandes conflictos. El Zapatismo tuvo en la tierra el eje de su movilización,

<sup>1</sup> R. Barbosa *op. cit.* p.146,

los cristeros se movilizaron por la religión católica y los Llaneros por un ideario ambiguo conocido como liberalismo. Igualmente podemos afirmar que es necesaria una región en donde se centren estos poderes subversivos así el movimiento sea nacional. El Zapatismo hizo de Morelos el fundamento de su fuerza, los altos de Jalisco el de los cristeros y los Llanos Orientales el de la revuelta liberal contra el fascismo conservador colombiano.

Son estos marcos de la insurrección armada en América Latina los que le dan a todo el conflicto Llanero una nueva dimensión histórica. Es indudable que existe aquí su propia especificidad aunque se mantienen los paralelismos en cuanto a las traiciones, las amnistías, los proyectos nacionales y los asesinatos. Emiliano Zapata fue traicionado antes de entregar las armas, el General Gorostieta fue muerto en una emboscada antes de que la jerarquía eclesiástica y la diligencia católica firmara un acuerdo de paz en nombre de unos cristeros desconcertados. Guadalupe Salcedo después de firmar la paz y entregar las armas fue muerto en una calle de Bogotá en forma jamás esclarecida.

El libro de Reinaldo Barbosa no es pues una simple referencia regional a un problema de la insurrección social en América Latina sino que apunta a la necesidad de pensar una tragedia nacional y un estilo de la política y de las relaciones sociales en la historia del siglo XX en América Latina, en este caso entre México y Colombia. Aunque no se trata de enumerar aquí los múltiples fenómenos expuestos por el autor sobre la lucha política colombiana de la segunda mitad del siglo XX, si es importante rescatar como la insurrección llanera subordinó lo social a lo político así como los cristeros subordinaron lo económico a lo religioso y los zapatistas lo político a lo agrario. Es decir la fuerza ideológica de estos movimientos se convirtió en la causa de su propia debilidad.

La importancia de este trabajo es volver a leer ahora con nuevos testimonios una historia que ya conocíamos por boca de algunos actores pero que ahora empieza a ampliarse a otras memorias. Rescatar los procesos de estos fenómenos con seguridad que contribuirán a fortalecer los caminos de la paz en Colombia.

La obra de Reinaldo Barbosa nos remite a un par de reflexiones que me parece es necesario destacar en esta reseña. En primer lugar señalar que su trabajo forma parte de un conjunto de investigaciones en que han estado empeñados otros jóvenes estudiosos como Javier Guerrero, Elsy Marulanda, Ricardo Peñaranda y Darío Betancurt bajo la dirección de un colega que llegó desde la provincia, miró el drama sobre su país, retornó a las regiones y a los hombres para dimensionar el cuerpo de la tragedia sobre escenarios más aprehensibles. Este es el mérito de Gonzalo Sánchez quien desde su docencia orienta a postgraduandos para consolidar el

peldaño desde dónde mirar estas guerras de defensa y de dolor que se han pegado a nuestra carne como si fuesen principios totémicos que nos transforman y redefinen.

Digamos finalmente que la obra de Reinaldo Barbosa constituye una invitación a volver al Llano para mirar a Guadalupe no como centauro sino como un símbolo. Debemos agradecer al investigador, al profesor que lo dirigió y al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional por permitirnos conocer un retazo de la Historia de Colombia y América Latina. El estudio de la historia no podrá confundirnos sino que nos ayudará a construir la paz .